

# Erótica

JOSÉ PRATS SARIOL



Edición: Pablo de Cuba Soria  
© Logotipo de la editorial: Umberto Peña  
© Ilustraciones de cubierta e interior: *Richard Minutolo*,  
grabados para *Contes de La Fontaine (1777)*,  
de Charles-Nicolas Cochin  
© José Prats Sariol, 2021  
Sobre la presente edición: © Casa Vacía, 2021  
Primera edición: © Editorial Letras Cubanas, 1988

[www.editorialcasavacia.com](http://www.editorialcasavacia.com)

[casavacia16@gmail.com](mailto:casavacia16@gmail.com)

Richmond, Virginia

Impreso en USA

© Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones que establece la ley, queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del autor o de la editorial, la reproducción total o parcial de esta obra por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias o distribución en Internet.

*En cuanto al famoso Amory, escribirá inmortal literatura si logra estar seguro de algo que valga la pena contárselo a otro. No hay regalo más peligroso para la posteridad que unas cuantas perogrulladas inteligentemente adornadas.*

**F. Scott Fitzgerald.** *A este lado del paraíso*

## NOTA DE ARQUEOLOGÍA LITERARIA

Fatigo con este apunte porque han pasado más de treinta años de la primera publicación (1988) de *Erótica*, desaparecida de librerías hace mucho tiempo, y deseo informar acerca del proceso editorial que tuvo. Relataré hechos, evidencias que son una gota del aguacero que caracteriza la censura literaria en Cuba. Bajo la obvia premisa de que los presuntos valores artísticos de mis cuentos —como los de cualquiera— deben danzar por encima de circunstancias históricas, sumergirse en la voluptuosidad de la lectura individual.

Informo que el cuento “Index Librorum Prohibitorum”, escrito alrededor de enero de 1982, había logrado saltarse la censura del Departamento Ideológico del Partido Comunista, y aparecer en la revista *Unión* (núm. 3, 1982, julio-septiembre, pp. 163-168), órgano de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC). Pero incendió a los funcionarios medianamente inteligentes. Ellos —siempre son pocos, por suerte— descubrieron la analogía entre inquisidores y comisarios políticos, axis irónico, disidente, de la pieza. La doble moral del Censor de la Congregación del Índice —el obispo Fernando Ravano— y su vida opulenta y licenciosa, era una flecha contra la alta

dirigencia castrista. Situado en la Sevilla de 1793, era un trampolín para pensar cómo actuaban los representantes del Poder en La Habana, casi doscientos años después. El inmoral o amoral perdía su traje de época para vestirse de verde oliva en el lector que sonreía al realizar la asociación insinuada. El obispo se convertía en típico jerarca de un régimen totalitario —ruso, nicaragüense, chino, iraní...— del siglo XVIII o del XXI.

Tachado de imprudente en 1987, la Editorial Letras Cubanas —con mi resignada anuencia— lo sustituyó por *Erótica*, título de otro cuento, dedicado a Francisco de Quevedo, para encabezar y nombrar el libro, que aparecería en 1988. Hasta la cubierta huyó de la actualidad, para refugiarse en una ilustración de Richard Minutolo de 1762, deliciosa y lejana.

A Eduardo Heras León, editor jefe de narrativa, le tocó negociar el cambio. Su astucia y miedo a la represión —que él mismo había sufrido—; pero sobre todo ser un año de menos censura —poco después volvería con más fuerza—, a poco de iniciarse en la Unión Soviética la Glasnost (apertura, transparencia) como parte de la Perestroika (reestructuración, en ruso); y no haber tantas carencias, como ocurriría casi enseguida al desintegrarse la Unión Soviética; favorecieron que no hubiera más objeciones. Conseguí, además, que no excluyeran “Index Librorum Prohibitorum”, con el silencio asiático de Heras León y gestiones de mi amigo Salvador Redonet, sagaz lector del libro, talentoso profesor de narrativa y teoría literaria en la Escuela de Letras de la Universidad de La Habana y militante del Partido Comunista; aunque en privado confesaba que de entregar el carnet perdería el trabajo;

se distanciaba —como tantos otros intelectuales— de las posiciones oficiales; como una noche en casa, en la que desmontó cómo el régimen edulcoraba la discriminación racial, lo que su condición de negro de origen humilde y padres creyentes en la santería, consideraba un delito imperdonable.

La agrupación de mis cuentos iniciales, que aquí por primera vez se reproducen gracias a la generosidad de la Editorial Casa Vacía, mantiene el título original de *Erótica*. Pero con la salvedad de que debió ser “Index Librorum Prohibitorum”; cuyos revuelos analógicos con los dirigentes “revolucionarios” (sic) —para sólo recordar un ejemplo— asustaron a mi amigo el poeta Luis Rogelio (Wichi) Noguera, que se me apareció en casa asombrado y a la vez contento de que lo hubieran publicado. Muy temeroso de que yo fuera a sufrir represalias laborales, citaciones de la Seguridad del Estado u otras acciones maléficas y comunes, como negarme permisos de viaje al exterior —decisivos entonces y hoy para ganar algo y sobrevivir al regresar al caldero—; dejar de publicarme en los medios oficiales, los únicos que existían; o borrarlos de sitios de referencia, como hacen en 2020 con su secretaria EcuRed, ridículo sitio enciclopédico del régimen al que pocos tienen necesidad de acceder, opacado por Google, Wikipedia y otros espacios de mayor rigor crítico y riqueza documental.

Al releer las piezas —que aparecen tal cual las agrupé en 1988— verifico el tópico de que los cuentos no suelen tener, como los poemas, espíritu gregario. La heterogeneidad rompe los hilos entre ellos, tanto en argumentos como en sintaxis o estilo. De esa misma heterogeneidad cuelgo mis reticencias ante los dos

cuentos que ahora suprimo: “Autocrítica” y “La meta”. De las viñetas también elimino “Poeta y piña” y “La buena pipa”, porque rompen el tono socarrón, burlesco.

Añado dos curiosidades sobre los cuentos, quizás extemporáneas, es decir, demasiado impropias para estas noches de incertidumbres e ignorancias, donde de pronto un virus nos recuerda que el instante decide.

Inoportuno es afirmar que no creo —a estas alturas de mi juego— que la laboriosidad preconizada por Flaubert para la escritura, sea decisiva para la calidad artística. No es así. Por lo menos no siempre. Así lo he pensado al releer este cuaderno. Juro que “Urganda la desconocida” —con el precioso epígrafe de Vicente Aleixandre— fue escrito de un tirón —en una mañana— revolviendo los apuntes de mi prólogo a la antología *Poesía española de amor*, que realicé en 1983. Juro que dediqué no sé cuántas mañanas arduas a “El rector concluye”. Aún recuerdo cuántas veces rompí el original y volví a empezarlo, cuántas tachaduras, sustituciones, párrafos masacrados... Guardo la casi certeza —gustos y modas aparte— de que uno no es mejor que el otro. Fenómeno que se repite en mis libros posteriores de cuentos, hasta los que pronto agruparé en *Ya nadie escribe cartas de amor*.

La segunda curiosidad es revelar un secreto, guardado desde alrededor de 1987, cuando preparábamos la publicación de *Erótica*. Con él deseo terminar este apunte arqueológico, demasiado extenso y fatuo. Confieso que “La broma”, finalista en el concurso internacional Juan Rulfo (París, 1985), determinó el orden de los textos. Su argumento “social” o “socio-histórico” y “local”, tan alejado de las piezas neobarrocas de corte “literario” —comillas irónicas—, provocó que

me decidiera por una congregación donde no hubiese agrupaciones por afinidades de leitmotiv, sino una suerte de puzzle, más entretenido para el lector. Quise reafirmar que no priorizaba ningún tema, mucho menos los del acontecer inmediato o derivados del realismo, en sus múltiples variaciones.

“La broma” rinde tributo a arabescos estilísticos, mezcla tiempos y voces, sitios y reflexiones —como en *Conversación en La Catedral* de Mario Vargas Llosa—, para captar la atmósfera opresiva que prevalece en el pueblo. Ese rasgo fue inadvertido. De lo que me alegro. Pero confesarlo enriquece “La broma”, quizás con otro tipo de *broma*.

Sé que *Erótica* es un nombre común, tópico cuyo atractivo apenas invita a la lectura de Quevedo. Sé que algunas viñetas me traerán nuevas enemistades, al verse retratadas, caricaturizadas. Sé que pedir excusas es un acto de la retórica clásica, que no pasa la prueba del *hipocresímetro*, artefacto de alta demanda... Sé que esta nueva edición de *Erótica* me despide de ella. Pero sólo hasta un nuevo abrazo.



## INDEX LIBRORUM PROHIBITORUM

A M. Defourneaux por su excelente:  
*Inquisición y censura de libros en la España  
del siglo XVIII*, Madrid, Ed. Taurus 1973.

“Yo bien sé, y estoy seguro según la  
doctrina de Nuestro Señor Jesús, que nin-  
guna cosa es en sí impura, sino que se hace  
impura sólo para aquel que por tal la tiene.”  
*Epístola a los romanos*, XIV

Abandonó lentamente el severo salón de sesiones.  
Tras las despedidas habituales se dirigió a la puerta.  
Por el pasillo oyó la voz asopranada de un ujier:

—¡Excelencia! ¡Excelencia!

No detuvo el paso, ni siquiera lo moderó. Fue el  
mensajero quien se apuró para alcanzarlo.

—Excelencia, perdone, me encargaron que le diera...

El Censor de la Congregación del Índice tomó el  
libro sin mirar y respiró profundo. Su abultado vien-  
tre, al sucederse la espiración, parecía que sólo por un  
milagro no rompía la franja de tres dedos de ancho,  
de laurel y oro, que cruzaba el chaleco blanco para  
hundirse en el también blanco pantalón abombachado.  
Prosiguió su camino. Sabía que era un nuevo trabajo,

otra lectura. Se olvidó de la casaca color pasa y trató de rascarse.

En la casa, luego de quitarse el incómodo uniforme de las sesiones oficiales de la Academia, ya con su sotana habitual, se sentó en la silla de enorme respaldar, contempló el reciente encargo que yacía sobre el buró. Era un tomo en folio de vítela de diez hojas y media útiles. Estaba encuadernado en tabla forrada en badana parda o vuelta al revés. Tenía dos chapitas de hierro con dos agujeros uno enfrente de otro, como para cerrarle con candado. Lo abrió. Estaba escrito con tinta encarnada y su letra le pareció similar a la que usaban en el siglo XIII.

El obispo Fernando Ravano sabía que sólo una persona era capaz de hacerle llegar un libro sin previa conversación, sin mandar una nota explicativa. De inmediato comprendió que toda labor debía postergarse ante la lectura de aquel curioso texto. Pensó en su ama de llaves y en que era sábado... El interesado no admitía excusas. Lo más seguro era que a la mañana siguiente regresara el ujier con la solicitud del informe. Recordó, en ráfagas, los fines de semana cuando era estudiante, las peregrinaciones nocturnas desde Salamanca. “Siempre había tiempo” —se dijo con amargura. Haló el cordón de la campanilla que se encontraba detrás, a su izquierda, y decidió empezar cuanto antes el trabajo.

Acercó el tomo, se inclinó hacia delante y comenzó a leer los datos que aparecían en la primera hoja amarillenta. El texto era de un desconocido autor, Josef Muvassaha, natural de Sevilla, y aparecía fechado en el año 1246. El título era lo único que estaba con tinta negra: *De tanto amar*, decía en dialecto mozárabe.

El obispo dominaba a la perfección aquella mezcla de idiomas. No por gusto, desde sus lejanos años de estudiante, había adquirido justa fama de poligloto. Entre vivas y muertas sabía doce lenguas. “Una por cada apóstol” —acotaba con voz mansa y mohína cuando surgía el tema.

El fraile que servía de criado entró sin hacer ruido. Ya frente al obispo observó cómo pasaba la hoja. Aprovechó para, en tono muy bajo, preguntarle:

—¿Mandó por mí, excelencia?

Iba a empezar la lectura cuando oyó la pregunta. Alzó la vista directamente hacia los ojos del fraile:

—Sí, tráigame vino y algo de comer. Lo de siempre, pero que las chuletas no las fríen demasiado.

—A su servicio.

—Vaya con Dios.

—Gracias, enseguida.

Bajó inmediatamente la mirada. El primer párrafo sugería todo el argumento. Josef recordaba las aventuras amorosas en su casa con una adolescente llamada Jarcha. Decía que jamás otros seres humanos podrían gozar tanto de los favores de la imaginación y de la sensualidad'. Decía que al relatarlo se excitaba como un muchacho recién púber, que necesitaba escribirlo como un modo de evitar que el recuerdo siguiera dándole latigazos. Para no enloquecer de nostalgia.

El segundo párrafo ocupaba el resto de la hoja. Era la descripción de Jarcha, de sus dieciséis años, desde el pelo hasta los dedos de los pies. Fernando observó que no eran adjetivos los que precisamente lograban expresar aquel cuerpo. En realidad era un retrato sobrio, casi borroso. Los colores sólo eran tres: rosa,

negro, verde. Las texturas apenas sugerían detalles tersos y firmes mezclados con zonas endebles, con asentamientos quebradizos.

“¿Dónde estaba el secreto de aquella descripción? ¿Cuáles artificios la hacían exacta, real? ¿Cómo aquel Josef se la había ingeniado para transmitir tanta verosimilitud, tantos deseos de Jarcha” —se preguntaba... Decidió releer el párrafo. Ahora sí comenzaba a entender, a disfrutar. Era que cada detalle del cuerpo aparecía recreado con una breve referencia a su posible función erótica. Allí radicaba el encanto, en esas frases intercaladas, sin importancia aparente.

Cuando terminó la segunda lectura decidió anotar algunas de las frases más relevantes: “Listas a que asciendan los dedos por ellas... y descendan”; “esperando la calma de una boca lenta”; “ávidos de cosquillas y palabras obscenas”; “al acecho para atrapar, ceñir, entre temblores”; “húmedo ya de sólo presentir los inminentes escarceos”...

El obispo no pudo seguir escribiendo, el fraile acababa de depositar la bandeja de plata y oro sobre la mesa, a la derecha del libro.

—Escáncieme, después comeré.

—Excelencia, la noche está fría...

—Gracias, retírese.

Tragó un largo sorbo. Apuró la copa. Volvió a servirse. Empujó el libro mientras acercaba el plato con las chuletas humeantes. Cortó tres o cuatro pedazos. Saboreó la jugosidad grasienta del primer enorme trozo y simultáneamente empezó a leer las frases que había extraído. “Deliciosas, tan ricas como estas chuletas” —se dijo satisfecho. “¡Qué sentidos! Tenía que ser de

Andalucía, el muy pícaro, ¡tremendo!” —comentó en voz baja, como para que sus oídos pudieran también cerciorarse de la calidad indiscutible de Josef. Al poco rato terminó de comer y se sirvió otra copa. Tomó un buen trago. Luego de apartar el plato atrajo el tomo de vitela. Pasó la hoja con evidente entusiasmo.

Ahora se inicia el relato. Ahora Josef, en primera persona del singular, cuenta que Jarcha y él están solos en su amurallada casa, inmediatamente debajo de un arco de herradura que precede la entrada al patio. Ahora dice que van abrazados por los azulejos, rozándose las túnicas de seda, entre macetas colmadas de helechos y flores; que bordean el estanque central donde se refleja la caída del sol, y avanzan muy lentamente hacia la umbrosa estancia situada al fondo del patio, detrás del surtidor que ocupa el centro. Ahora narra que se sientan sobre gruesos cojines, que descansan sobre un enorme tapiz que cubre por completo la habitación con sus complicados motivos, a base de estilizaciones de hojas de acanto y de letras árabes; que él se queda contemplándola, observando cómo alza su largo cuello, su cuello delgado y terso, para mirar la abigarrada ornamentación geométrica de las paredes laterales, el revestimiento de estuco con decoración de conchas que cubre el techo, las leves cortinas casi transparentes que los separan del patio. Ahora Josef la acerca y tras un solo beso corto, en los labios, le alza la túnica malva que la cubre hasta el comienzo de los muslos..., le baja el leve pantalón de seda carmesí, y la mira desnuda un solo instante, el que ella le otorga entre risas antes de echarse a correr por el patio, conocedora del máximo aislamiento que tiene del exterior gracias a las tupidas celosías que cubren los huecos laterales.

El obispo Fernando Ravano no pudo contener un largo suspiro lleno de sensaciones disímiles, de recuerdos vividos y de recuerdos imaginados alguna vez. Volvió a beber. Con la yema del pulgar hojeó las hojas que faltaban. Antes de pasar a la siguiente anotó en su libreta, debajo de las frases eróticas: “Libertino. Una pareja. Sin recato. Descocados. Alterna la descripción de la casa y de los objetos con referencias lujuriosas. Conoce el oficio de postergar, de ir sembrando el interés del lector. La lujuria parece que nos aguarda en las próximas hojas. Ya se insinúa. Tremendo. Obscenidades. Es un maestro del detalle. Las acciones deben intensificarse. Los actos inminentes presumo que sean ricos en locaciones, y posiciones.”

Ahora Josef cuenta que corre tras Jarcha. Doblan, tumban una maceta de claveles, rien, ella grita de contento, y al fin en una esquina policroma, de ladrillos que forman un enorme romboide color ocre, rodeada de azulejos amarillos y blancos, logra asir su presa, entre leves jadeos, sin quitar la vista de aquel cuerpo de delirio, sudoroso. Ahora Josef se entretiene en detalles de Jarcha y por fin cuenta que la atrae duramente hacia sí, que no sabe si apretarla ante el temor de que vuelva a escaparse o comenzar las caricias, los inaplazables tanteos y exploraciones de las manos por aquella carne de leyenda. Ahora Josef entrecorta la sintaxis, apura el relato, dice cómo Jarcha lo reclina contra el rombo, se le sube encima de los muslos, le libera de telas y en un segundo lo toma entre las manos, le da un beso, lo coloca, lo introduce a la fuerza mientras comienza a cabalgar en silencio, sin una sola queja, sin ni siquiera un murmullo incoherente.

El obispo pasaba las macilentas hojas del relato sin darse cuenta de que el ritmo de la lectura había ido en

vertiginoso aumento, como si de pronto la avidez por arribar al final se hubiera convertido en una obsesión incontrolable. Hasta olvidaba su vieja costumbre de anotar los pasajes decisivos, sus comentarios en torno a la obra objeto de análisis. Por su mente sólo corrían el nombre de Jarcha y las acciones en aquella casa de tapices y palmetas. Y corrían arrastrando las obligaciones del cargo, las responsabilidades que su condición de censor de la Congregación del Índice le imponía.

En destellos, precisos y enceguedores, le entraban escenas del pasado, como si el placer de la lectura se hubiera convertido en un raro mecanismo que sirviera de catalizador mágico de su vida, en un elixir capaz de despertar recuerdos adormecidos durante lustros y lustros. Y eran escenas incendiadas, de helechos serpenteantes en una fuente cristalina. Detrás de una oración se le aparecía aquella moza de la aldea natal bañándose al lado del pozo, todas las tardes de aquel verano. Entre un verbo y sus complementos surgía entre las sábanas el cuerpo de aquella prima que había llegado por unas semanas. En la gracia de un símil volvía a representársele el granero turbulento donde retozara con aquella flacucha incansable. Tras un resonante sustantivo veía de nuevo los pechos inmensos de la matrona en el lupanar de Córdoba. Ante la circunstancia de lugar se volvía a abrir la puerta de aquella buhardilla fría y húmeda y enloquecedora, donde la costurera le probaba, le probaba. Desde un adjetivo sentía otra vez aquellas ganas de antaño...

El seco invierno de la meseta castellana no impidió que en la frente del censor apareciese un brochazo de sudor. Ávido de minuciosidades, anhelante perseguidor del desenlace, prosiguió la lectura de las tres cuartillas que restaban. Sin embargo, en un instante

de distanciamiento, el lector profesional logró sobreponerse al encanto de la aventura. El camino por los renglones retornó a duras penas al sosiego inicial. Pero las palabras inéditas recomenzaron su asedio a la seca rutina del obispo. El cantar de Josef era como los cantares recónditos del Oriente, como cántaros de miel en el recreo del catecismo dominical. De nuevo las acciones de la pareja hacían trizas el extrañamiento del censor...

Ahora Jarcha observa cómo va perdiendo el habla, atropellando las letras lujuriosas, y no le deja ascender a la angustia, y logra desembarazarse y salta libre otra vez hasta una banda de azulejos, y ríe mientras trata de recuperar el aliento, la voz, el dominio enrojecido de sus músculos. Ahora ella espera con las dos manos en la nuca, los codos formando un triángulo alrededor del rostro, y observa el temor con que se acerca torpe, afiebrado, y cae cuando ya se le encima, y abraza y abraza. Y ahora Josef trata de escribir lo que siente y recurre a paisajes oceánicos, a cielos estrellados, a campos de girasoles. Ahora deja un espacio en blanco. Ahora refiere cómo Jarcha prosigue incansable y no le queda más que la tormenta entre olas enormes, espumas gigantescas, aguaceros de granizos y relámpagos. Ahora repite “Jarcha, Jarcha, Jarcha” mientras ella inventa un juego de uñas por la espalda, un movimiento sin dirección que llena de sed la lengua, que lanza las más procaces frases, “que no puedo más” —dice Josef entre elipsis e interjecciones.

Ahora la última cuartilla cuenta acerca del baño que de inmediato fueron a darse en la fuente, acerca de cómo, entre juegos con el agua, despertó el instinto de nuevo. Ahora Josef pide a Jarcha que se acueste



sobre los azulejos que forman caracoles en el borde del estanque, y narra los recorridos de su lengua por el cuerpo, las leves reacciones somnolientas con que Jarcha responde, el asedio de la caricia al centro irradiante, el inicio de un movimiento de caderas como respuesta exacta y feliz a las incursiones de la lengua. Ahora Josef promete que en sucesivos capítulos proseguirá narrando, describiendo las mil y una cosas que siguieron haciendo en aquellas estancias turbulentas, hasta que estalle la imaginación o la vida.

Se dio cuenta de que las palabras habían cesado. Sacudió la cabeza. Cerró unos segundos los ojos. Haló el cordón de la campanilla. Pensó en su ama de llaves. Reflexionó. Se acordó de su amigo el párroco de la iglesia del Sagrado Corazón, de sus deliciosas ahijadas. Decidió irse cuanto antes para regresar temprano en la mañana y redactar el informe. Ordenó su carruaje.

Cuando el ujier del Jefe del Congreso de Castilla entró a recoger el informe, ya Fernando Ravano había hecho una copia apresurada del original y sellado la evaluación el 28 de diciembre de 1793, día de los Santos Inocentes. En ella iban las frases lógicas, inevitables: “Condenada in totum”, “hallando cosas que contravienen a nuestra Santa Fe y buenas costumbres”, “pecaminosa lujuria”, “la sagrada función del Santo Oficio: ser martillo de herejes”...

Sin embargo, una nota al pie sugería que no se proscribieran las exhumaciones que el grupo de polígrafos realizaba en Sevilla, dado el valor histórico y lingüístico.

Enero y 1973.



## ÍNDICE

- NOTA DE ARQUEOLOGÍA LITERARIA / 9
- ERÓTICA / 15
1. ACADEMIA / 21
- INDEX LIBRORUM PROHIBITORUM / 23
2. JENJILLA / 33
- LA BOTELLA / 35
3. GORDA EN GERUNDIO / 47
- EL RECTOR CONCLUYE / 49
4. INCIDENTE / 55
- SOFROSINE / 57
5. EL OPTIMISTA / 63
- DOMINGO Y GABRIEL / 65
6. EL DESPACHADOR / 73
- LA BROMA / 75
7. LA SAGRADA CENA / 85
- DOS CUARTILLAS A LA ORDEN / 91
8. APUNTES ENCONTRADOS EN EL FONDO DE UNA BOTELLA / 95
- LA VISITA / 99
9. DEMODÉ / 103
- URGANDA LA DESCONOCIDA / 105
10. EL ALMA Y LA DANZA / 115
- ¿DESPUÉS? / 117